

LA GRAN NEVADA

La mañana del dos de febrero era, todos los años, una mañana de expectación, de cierta nerviosidad; unos, porque en ella se jugaban mucho; otros, por simple curiosidad. Meleros y melcocheros no subían al monte ese día a dar el vistazo ni a sus corchos ni a sus movelistas; ese día, poniéndole más velas a Dios que al Diablo, merodeaban alrededor de la Iglesia. A las ocho salió la procesión con cera de calificación máxima que es la de más envergadura. Una pequeña brisa muy fría, pero sin fuerza suficiente para apagar una llama. Sólo se llegó a extinguir la de una vela por el estornudo de una joven que sabe Dios en qué estaría pensando. Desde luego, a meleros y melcocheros no les hizo gracia alguna; de todas formas, bien podían estar contentos porque el año se auguraba excelente y, por el momento, no estaría mal que prometieran una arropía a todos los feligreses. No quedó ahí todo lo bueno por lo de aquello que año de nieve, año de bienes; horas más tardes y a medida que el frío amainaba, el cielo empezó a cubrirse de esponjosas nubes. El cielo no tardó en dejar caer copos y más copos. Empezó por la tarde y siguió toda la noche. Al amanecer, no había alma humana que diera un paso de puertas afuera. Después, picos y palas, muñecos de nieve con sombreros de paja y rojas zanahorias de nariz. Estoy seguro; aquella nevada de primeros de febrero, no se olvidará en los anales de los que la vivimos.